A LA ESCALA DEL MUNDO

POR
MANUEL RIERA

El universalismo del mundo hispánico es su aportación más fundamental y valiosa al progreso de la cultura y la civilización. Como en los hijos se perpetúan los caracteres de los antepasados, así todo el mundo de raíz y habla hispánica perpetúa, superándolos y completándolos, los principios de universalismo heredados de la común cultura romano-cristiana y del humanismo renacentista de la contrarreforma católica.

Es una lamentable equivocación el creernos perpetuamente señalados por complejos diferenciales insoslayables. Esta psicosis de alejamiento es propia solamente de algunos arbitristas rústicos y atrasados, ya que nuestros grandes talentos y personalidades más representativas han tenido siempre el tono y la categoría de símbolos de valor universal.

Si intentamos un análisis intelectual riguroso y desbrozamos el camino de las demagogias fáciles y los sentimentalismos antihistóricos, hemos de aceptar un doble examen y una lógica consecuencia.

Hemos de ver cómo no fué un auténtico universalismo el tan ponderado del mundo romano, aunque hayan querido interpretarlo así los inteligentes exégetas y entusiastas propagandistas que empiezan con el austero Mommsem y acaban con el brillante Ortega. Ni tampoco tiene los rotundos y completos caracteres del universalismo, el tan pregonado de los humanistas laicos desde Grocius a Erasmo, que después de la deslumbrante variación de Goethe es recogido con pre-

tensiones de validez absoluta en obras tan diversas en apariencia y tan religadas en el fondo como las de Bertránd Russell, Toynbee y Emery Reves.

La consecuencia ya la coligen los estudiosos de raza y vocación, hombres que tienen dimensión y capacidad de futuro y en cuyos ojos brilla fulgor de historia. El auténtico y completo universalismo es el que el cristianismo significó desde Pablo de Tarso a Agustín de Hipona en el mundo romano y el que recogió con vigor de sangre nueva y fecunda el mundo hispánico desde Isidoro de Sevilla a Raimundo de Peñafort para levantar las cimas de Luis Vives y Francisco de Vitoria.

Al pretendido universalismo de la cultura romana le falta la dimensión del hombre libre que vive por sí y sustentado por una arquitectura de valores que lo justifican y lo salvan. El mundo romano no conoció al hombre libre, sino al hombre dependiente y en función del Estado. El ciudadano se engarzaba en una compleja, variante y modulada estructuración cívica fuera de la cual no tenía derecho que le defendiera ni sociedad que lo amparara. Si Séneca y Lucano tuvieron, como un grito de altanería hispánica, un momento de rebelión que los dignifica ante la historia con un gesto que puede parangonarse con los clásicos de Catón y Cicerón, pronto se vieron ahogados por aquella organización de colectivismo integral que obligaba a todos a la donación de su íntima y diferenciada personalidad, so pena de verse alejados de los muros de la ciudad con la invitación al suicidio por parte del príncipe.

Se ensayaron todas las formas de organización jurídica y social en modelos válidos para todos los tiempos, y con los nombres de Monarquía, Consulado, Dictadura, República e Imperio se estructuró un ciclo completo de historia y grandeza, sacrificando a la personalidad individual y desconociendo la esencia, dignidad y dimensión del hombre.

Luego otro momento que magnifica la obra del hombre en la tierra, que fué la sorprendente resurrección de la cultura antigua adaptada a las nuevas condiciones del desarrollo humano que se llamó el renacimiento humanista, trajo consigo otra deslumbradora esperanza de universalismo. Desde Erasmo a Luis Vives y Tomás Moro va una línea que se desvía con Grocio y los laicos y que coincide con la circunstancia política en que se desborda en el mundo la estupenda floración del pensamiento y la acción de los pueblos hispánicos.

Pero mientras queda válida y definitiva la posición de afirmación del concepto y valor del hombre con posibilidades ilimitadas en el mundo de la cultura y la libertad entendidas cristianamente,

se pasa en un segundo momento con los llamados humanistas laicos a la desintegración de la universalista figura de la cristiandad y a una quiebra de los valores religiosos en que se fundamentaba el concepto jurídico del derecho natural y el concepto moral del bien común.

Así, aquel primer momento de auténtico universalismo sólo es recogido y servido por los pensadores, fundadores y adelantados hispánicos que desde Vitoria y Suárez predican la igualdad de todos los pueblos y razas ante Dios, la superior dignidad del hombre por encima de la sociedad y la posibilidad de un desarrollo integral de la cultura.

Pero, aparte estas dos líneas, la una fiel y la otra desviada, algo le faltó a este momento histórico. Y ello fué la que podríamos llamar la dimensión científica con amplitud telúrica que sería la comprensión y el dominio del cosmos. La física y los descubrimientos geográficos empiezan a romper las nieblas de la tierra incógnita y del mar tenebroso. Pero el concepto íntimo del universo todo con su panorama de tierras y hombres y leyes físicas y morales todavía no es completo. Se rasgó el velo del misterio, y en este gesto de valor correspondió gran mérito a nuestros antepasados, pero no se puede predicar un auténtico universalismo de la ciencia y del espacio hasta que la revolución espacial intensiva de la técnica, según certera frase del profesor Antonio de Luna, se conjuga con la herencia del humanismo romano-cristiano que han conservado fervorosa y abnegadamente los hombres y los pueblos hispánicos.

Es hoy cuando ya se puede hablar *de un mundo,* no sólo en el sentido conceptualista y del filosófico «deber ser» que hasta hace poco tenía nostalgias de utopía, sino en el tangible, concreto e inmediato de nuestra relación de contacto, convivencia y poder. Hoy puede tener un éxito grandioso de comprensión y asentimiento, porque explica nuestro tiempo y nos proyecta en el futuro, un libro sensacional como el de la *Anatomía de la paz,* de Emery Reves, que es un esfuerzo para definir y situar la posición universalista en el mundo de las relaciones sociales e internacionales.

Desde nuestro punto de vista hemos de suscribir y aplaudir su visión de la marcha del hombre como ser político desde las primeras agrupaciones hasta la sociedad mundial, que la cultura y la técnica han hecho una realidad y una necesidad. Y ello por los caracteres de interdependencia entre la gran familia de las naciones y por la necesidad de estructurar la paz al servicio de un derecho superior. Pero hemos de negar rotundamente la solución de universalismo laico que se entronca con aquella desviación del humanismo rena-

centista de que hemos señalado. El capítulo en que estudia el que ingenuamente llama el fracaso de la religión es la condenación del libro desde el doble punto de vista del doctrinarismo filosófico y de la verdad histórica. Acepta la necesidad de una ley constitucional universal si con las terribles posibilidades de la era atómica las distintas soberanías nacionales, celosas y excluyentes, al negar el principio único de la moral y del derecho, no han de provocar con la apelación a la fuerza el suicidio de la humanidad.

Pero hijo de aquella tradición laica, hermano de la tecnocracia de un Bertran Russell y del pesimismo de un Toynbee, reflejo de la psicosis de decadencia y catastrofismo, desconocedor de la fidelidad que los pueblos hispanos han mantenido a la esencia universalista de la romanidad cristiana, señala una necesidad y hace un diagnóstico, pero no tiene el valor y la altura de proponer una solución.

Y, no obstante, por vez primera en la historia se dan las condiciones todas que permiten hablar a la escala del mundo en lenguaje de universalismo integral. Si fué preparado desde el mundo romano y fué comprendido en el Renacimiento, hasta hoy no ha podido ser actuado con dimensión integral. Porque el universalismo es tanto una teoría y una aspiración de los espíritus más esclarecidos cuanto una posibilidad actuante.

Con nuestra vocación universalista interpretamos y servimos con eficacia a nuestros pueblos y otra vez los situamos en el escenario como protagonistas del mañana. Porque sabemos de nuestro afán centenario, que nunca como hoy se entronca con el momento histórico de construir con ilusión y con fe un mundo más justo, más a la medida del hombre, cuando la cultura y la técnica unidas y paralelas permiten por primera vez hablar a la escala del mundo.

Manuel Riera.
Asociación Cultural Iberoamericana,
BARCELONA (España).